

Lorena y de su esposa María Teresa en las cuales solicitaban los dos el voto del rey para el primero en la próxima elección del nuevo emperador de Alemania. Hecho esto, giró la conversación sobre los malísimos caminos que había encontrado en Silesia que decía estaban tan echados á perder por las inundaciones que se hallaban intransitables para la gente de á pié, á lo cual le contestó el rey: «El que tuviere precisión de pasar por allí ya mirará cómo lograr su intento; además de que lo peor que le puede suceder es ensuciarse el calzado.»

En 9 de diciembre tuvo efecto la segunda audiencia, y estando ya todos los regimientos en marcha, no guardó el rey ningún secreto sobre sus intenciones, y le dijo lisa y llanamente, que había determinado declarar al gobierno de Viena por conducto de su embajador el conde de Gotter que la Prusia se iba á apoderar de la Silesia y que estaba pronta á prestar toda su cooperación como aliada y amiga á la corte de Viena si esta le cedía de buen grado la citada provincia. Al oírlo exclamó Botta: «Señor, V. M. pierde la casa de Austria y se precipita con ella en un abismo;» á lo cual le replicó el rey: «De la reina de Hungría depende el aceptar los ofrecimientos que le hago.» Esto, dice Federico en sus obras, le puso pensativo, pero muy pronto dijo con tono y aire irónicos: «Señor, las tropas de V. M. son hermosas, y confieso que las nuestras no tienen tan bello aspecto, pero en cambio han visto el enemigo, y no digo más; solo quiero conjurar á V. M. que reflexione sobre lo que va á hacer.» Esta contestación impacientó al rey, el cual le replicó agriamente: «Mis tropas son hermosas, y pronto sabrán ustedes que también son buenas.» En vano se cansó Botta en seguir haciendo reflexiones para obtener una próroga; el rey se contentó con saludarle, y se retiró.

El 14 de diciembre partió Federico para reunirse con su ejército; el 16 pasó la frontera y escribió á su ministro: «Mi querido Podewils: he pasado el Rubicon con banderas desplegadas y tambor batiente; mis tropas están poseídas de buena voluntad, los oficiales llenos de ambición, mis generales ansiosos de adquirir fama. Todo irá á pedir de boca y puedo esperar un feliz éxito para mi empresa. O saldré con honra ó sucumbiré. Mi corazón me predice fortuna y éxito. No volveré á entrar en Berlín hasta que me haya mostrado digno de la sangre que corre por mis venas, y de los guerreros valientes que tengo el honor de mandar. Adios.»

El conde Gotter llegó con su encargo á Viena el 17 de diciembre por la noche. Allí ya habían hecho su efecto las relaciones de Botta quitando toda duda é ilusión respecto de las intenciones del rey de Prusia; y tanto el gran duque consorte como Bartenstein habían expresado su indignación con la mayor vehemencia. El primero había dicho á Burmania, embajador de la república holandesa: «Jamás se ha visto carácter como el del rey de Prusia. Yo lo preví y conocí cuando estaba encargado [por el emperador mi suegro de escribir al difunto rey su padre las cartas que salvaron la vida á su hijo el rey actual. ¡Qué hipocresía! ¡Qué alma! ¡Y que haya de descubrirse justamente en un momento en que todo se presenta pacífico, en que la reina no tiene que temer nada de nadie en todo el ámbito de la tierra sino de este rey de Prusia!» El secretario Bartenstein se había dejado decir: «Primero sucumbirá la casa de Austria que deber su salvación al rey de Prusia,» cuando se recibió en Viena la carta de Botta del 2 de diciembre. El embajador prusiano Borcke quedó tan agraviado de esta expresión que desde entonces no trató más con Bartenstein.

Al embajador inglés dijo el consorte regio: «Me es indiferente el carácter con que el rey de Prusia entra en la Silesia, ya sea el de amigo ó el de enemigo. Si viene con la

intención de tomar lo que es nuestro, errará su cálculo, porque no tendrá nada de lo que nos pertenece; y si viene para obligarnos á convenir con él medidas encaminadas á su propio engrandecimiento, ha escogido el peor camino del mundo.» Por el mismo estilo se expresó con Borcke, el embajador residente de Federico; de modo que el enviado extraordinario del rey, el conde Gotter, pudo muy bien describir la disposición en que encontró la corte de Viena, del modo siguiente: «Hallé á todo el mundo preparado y prevenido contra mí; todos los ánimos estaban excitados y sedientos de venganza.» En 18 de diciembre fué recibido por el gran duque que apenas hubo concluido la audiencia, temblando de ira, fué á contar á Robinson el mensaje que acababa de recibir y que decía en resumen que llevaba en una mano la salvación de la casa de Austria y en la otra la corona imperial para el rey consorte; que las tropas y el tesoro del rey estaban á la disposición de la reina, auxilio muy oportuno atendido que carecía de tropas y dinero, y en un momento en que no podía contar con nadie fuera del poderoso rey de Prusia y de los aliados que él atraería á su causa, es decir, las dos potencias marítimas y la Rusia. Que en esta alianza, compuesta de la Prusia, Inglaterra, Austria, Rusia y Holanda, creada é inspirada por S. M., era también la Prusia la parte única que corría peligro á causa de las condiciones geográficas de sus Estados; que siendo evidente que no saldría de esta combinación sin grandes perjuicios, era justo que se le indemnizara por otro lado para animarla á pasar adelante en una empresa tan grande, y finalmente que lo menos que podía darle la reina por este concepto era todo el ducado de Silesia. Trabajo costó al gran duque recobrar bastante calma para repetir toda aquella horrible arenga, mucho más cuando la había oído de boca de una persona que le era antipática y á quien de larga fecha conocía por hombre de fortuna y arrogante como todos. «Aun me parece que le oigo, dijo; no parecía sino que su amo estaba ya con sus tropas invencibles camino de Constantinopla. No hay otro hombre tan tenaz en la cabeza ir á Silesia y lo hará; y si al llegar allí no se le contenta en seguida con la cesión inmediata, pasará adelante y pondrá sus mismas tropas y recursos pecuniarios á disposición de los soberanos de Sajonia y Baviera.» La contestación que dió á Gotter fué análoga á la que había recibido el embajador Borcke del secretario de Estado Bartenstein la víspera, á saber: «La reina no quiere ceder ni un palmo de terreno aunque haya de hundirse todo; primero permitirá que los turcos lleguen hasta las puertas de Viena, ó dará á la Baviera y Sajonia lo que pidieren, que consentir en la cesión de la Silesia.» Su última palabra fué: Primero que el rey de Prusia evacúe la Silesia, y después se tratará. La decisión que mostró el gran duque impresionó tanto al embajador Gotter, que después de una entrevista con Robinson, opinó también por su parte que no quedaria más recurso que evacuar el territorio ocupado, y en una carta que escribió á Podewils se felicitó de no haber tomado parte en la resolución de invadir la Silesia.

No fué tan decidida la actitud del consejo de ministros que se reunió el mismo 18 de diciembre para discutir este asunto en cuya conferencia dijo el conde de Sinzendorff, que en caso necesario algo había de sacrificarse, porque la situación se presentaba muy peligrosa (*in periculis plena*, dice la nota que se ha conservado). A esta sesión se refiere evidentemente María Teresa en sus apuntes escritos mucho después, cuando habla de la divergencia de opiniones de sus ministros. «Los condes Sinzendorff, Harrach y Kinsky, dice, creían prudente entrar en negociaciones con el rey.» Sin duda alude á las palabras del primero: «de todos modos hay

que sacrificar algo; negociemos pues para reducir el sacrificio á lo menos posible. El rey de Prusia pide toda la Silesia y ofrece en cambio ventajas brillantes; veamos si podemos lograrlas con la mitad de Silesia.» Mas los otros miembros del consejo, Starhemberg y Bartenstein cuya opinión era también la de la reina, rechazaron rotundamente toda cesión como imposible en principio, pues que de otra manera se invalidaría la pragmática sanción basada en la indivisibilidad de la monarquía, y quedarían nulas las garantías dadas por las otras potencias; sin contar que cediendo á las reclamaciones de Federico II, vendrían luego otros soberanos con pretensiones análogas; y una vez el primero dueño de una parte de Silesia encontraría pretextos, como reclamación de indemnización por sus auxilios, para apropiarse luego el resto.

Bartenstein en esto había adivinado el espíritu de la reina, la cual entonces depositó en él toda su confianza, porque hasta aquel día le era tan poco simpático que de buena gana le habría exonerado de su cargo como él se lo pidió el primer día de su reinado, si hubiese sabido cómo reemplazarlo. Al no admitir su solicitud, le había contestado con humillante altivez que aquel no era el momento de dimitir, que procurase hacerse tan útil como le fuera posible, que ella ya se cuidaría de impedirle hacer mal. Probablemente venía su aversión hacia Bartenstein de la creencia, por lo demás general, de que era la causa de la política aventurera y vaga que en los últimos años del reinado de su padre había llevado la monarquía al borde del precipicio; pero al mismo tiempo aquel hombre era la única persona activa y laboriosa en el consejo, compuesto todo de ministros gastados y roídos; y así le conservó en su empleo, donde fué en días de peligro un valiente y en el momento decisivo un defensor impertérrito é inquebrantable de los derechos inalienables é indivisibles de su soberana y un enemigo irreconciliable de los prusianos. Los errores crasos de su ideología política se comunicaron á la reina, lo mismo que su fe pueril en las intenciones pacíficas de Francia, y en la sabiduría y auxilio pronto y eficaz de Inglaterra y Holanda, y naturalmente el odio y rencor feroz é incorregible á la Prusia. Su primer triunfo como hombre de confianza de la reina fué la no contestación á las proposiciones de la Prusia presentadas en 18 de diciembre por Gotter, y su segundo la estratagema con que indujo á los dos enviados prusianos Borcke y Gotter á presentar por escrito oficial y formalmente los ofrecimientos de su soberano en la conferencia del 3 de enero de 1741, y hacerles firmar el acta que el gobierno austriaco comunicó al día siguiente á los representantes de las otras potencias. El 5 recibió Gotter la contestación en que María Teresa rechazaba definitivamente las proposiciones del rey de Prusia, y salió de Viena; tres días después se indicó también al embajador Borcke la conveniencia de partir, y en seguida se publicó y divulgó por toda la Europa un manifiesto que señalaba al rey de Prusia á la indignación de todos los gobiernos como un traidor infame.

Era una declaración de guerra, que obligó á Federico II á pasar de las amenazas á los hechos y á rasgar el velo que cubría todas las indignidades desleales y todas las traiciones que el Austria había cometido en daño de la Prusia en los asuntos de Silesia y de los ducados de Julish y de Berg. En fin el resultado fué la publicación de la relación escrita por el canciller Ludewig «Una propiedad de derecho» con la historia de la reversion del año 1686 y sus consecuencias. Este trabajo, fundado en documentos incontrovertibles, fué entonces, como es hoy, convincente para toda persona imparcial y un golpe terrible para la política austriaca. Simultáneamente con este trabajo publicó el rey un manifiesto en

idioma francés, que fué enviado á todas partes, en el cual se declaraba desligado del convenio de reconocimiento de la pragmática sanción, fundándose en la conducta del Austria en el asunto de Julish-Berg, y se reservaba en términos decisivos todos sus derechos jamás caducados sobre la Silesia.

La ruptura era un hecho consumado; los argumentos legales debían de ceder el terreno á la lid armada.

Cuando el rey Federico se presentó con su ejército en Silesia se hallaba este país unido al Austria como el fruto ya muy maduro se adhiere al árbol que lo crió; es decir, que el primer aircillo lo separa (1).

Sobre la Silesia, país rico y feraz, cuya población, magnates, nobles, clases medias y rurales había adoptado desde los primeros días de la reforma religiosa el culto evangélico, pesaban desde el reinado del emperador Fernando II, un despotismo religioso cruel, y una administración pésima que cegaba todas las fuentes de prosperidad. Bajo este yugo de hierro se despoblaron ciudades y aldeas, y los que no quisieron sucumbir en la miseria se vieron obligados á emigrar. Desde más de un siglo era todo el país protestante, porque ya en 1611 se lamentaba un obispo católico de que había en Silesia millares de poblaciones, ciudades y aldeas en que no existía un solo individuo católico, y en los últimos cien años había pasado la población por tres grandes catástrofes desoladoras. La primera la causó el emperador Fernando II faltando al convenio de sumisión celebrado en Dresde en 28 de febrero de 1621 entre el príncipe elector de Sajonia Juan Jorge I y los representantes de la Silesia, convenio que fué aprobado por aquel mismo emperador en 17 de abril siguiente sin ninguna cláusula de reserva. A pesar de tan solemne reconocimiento confiscó á los «herejes silesianos» sus iglesias, expulsó á sus pastores y maestros y organizó las famosas dragonadas al estilo de Francia ejecutadas por el regimiento de dragones de Liechtenstein, llamado de «los misioneros de la gloria eterna.» Estos actos de cruel intolerancia se llevaron á cabo durante largos años con tal ferocidad y ensañamiento que hasta uno de los jesuitas á cuyo cargo corría la obra, el padre Nerlich de Glogau, dijo, que la soldadesca se excedía de los límites prudentes, que sus robos y saqueos y la ferocidad infernal con que trataban á tantos infelices exacerbaban los ánimos, haciendo odiosa la santa religión católica, en fin que sus excesos eran ya inguantables y que convenía retirar á semejante tropa.

La segunda catástrofe vino á raíz de la paz de Westfalia. Durante la preponderancia de las armas suecas, la Silesia había sido el asilo de millares de protestantes fugitivos, tanto que la mayoría de la población, á pesar de las dragonadas y conversiones forzadas era otra vez protestante en los últimos tiempos de la guerra de Treinta años. Contra estos no católicos nombró Fernando III una comisión llamada «de reducción» cuya jurisdicción se extendía á todos los dominios hereditarios de la casa de Austria. Esta comisión hizo confiscar en Silesia y en los años 1653 y 1654 todas las iglesias protestantes. Se han conservado los nombres de 628 y el de las poblaciones donde se hallaban; bien que estas solo son una parte de todas las que fueron confiscadas. Esta fué la señal de un nuevo período larguísimo de persecuciones y vejámenes bárbaros. Los que no quisieron convertirse fueron privados de todos sus derechos, incapacitados para todo

(1) Hânse consultado para esta parte las obras siguientes publicadas en idioma alemán: WUTTKE, *Historia de la conquista de Silesia*. 1842. —SUGENHEIM, *Historia de los jesuitas en Alemania*. Francfort 1847. —GRUENHAGEN, *Federico el Grande y los habitantes de Breslau*, 1740/1741. Breslau 1864. —DROYSSEN, *Partes militares de Federico el Grande durante las dos guerras de Silesia*. En los suplementos del periódico militar semanal de 1875, 1876 y 1877.



empleo del Estado y de los municipios, excluidos del derecho de vecindad y de los gremios, fuera de los cuales no podía establecerse ningún industrial, y en fin maltratados y vejados donde quiera que alcanzaba la acción de la autoridad.

La tercera catástrofe tocó a los ducados de Liegnitz, Brieg y Wohlau al extinguirse en 21 de noviembre de 1675 con la familia ducal la raza de los Piastas, que había dado los primeros reyes a Polonia. Estos ducados habían estado hasta entonces bajo el gobierno de sus duques libres de las tiranías del Austria, pero esta, conculcando los derechos de sucesión de la casa de Brandeburgo basados sobre el convenio mutuo de herencia aprobado por el emperador de Alemania a la sazón reinante, tomó posesión de los ducados, declarándolos feudos caducados, e introdujo acto continuo en ellos su gobierno *paternal*.

La primera expiación, principio de ella, para la casa de Austria, a la par que alivio para los habitantes, fué el convenio que en 1.º de setiembre de 1707 hizo el rey de Suecia Carlos XII con el emperador José I, en virtud del cual fueron devueltas a los protestantes 118 iglesias, quedando además estipulado que en adelante no se les confiscarían ya más iglesias ni escuelas ni se les perseguiría. Desde entonces no se les oprimió abierta ni brutalmente; pero en el reinado de Carlos VI se dieron instrucciones secretas para convertir de nuevo a la fuerza a los que el gobierno llamaba apóstatas o renegados, que eran para él los protestantes cuyos padres, abuelos o bisabuelos habían cedido a la fuerza bruta y se habían hecho temporalmente católicos. Estos infelices eran encarcelados durante seis semanas y en este tiempo instruidos en la doctrina católica por un sacerdote; y si no se convertían, se les confiscaba lo que poseían y se les obligaba a emigrar. También se volvió al secuestro de huérfanos protestantes para hacerlos católicos, y a todos los atropellos imaginables.

Al subir al trono María Teresa, educada como sus padres y abuelos y animada de las mismas intenciones que su padre, temblaron sus súbditos protestantes, tan oprimidos y atormentados, temiendo nuevas vejaciones. Los jesuitas llegaron a anunciarlas públicamente sin ningún disimulo, y quizá si se les hubiese dejado, habría caído una nueva calamidad sobre el país. Al saber que llegaba de Hungría el regimiento de granaderos, decían todos en Liegnitz: «Viene para los protestantes y empezará la conversión de los herejes el tercer domingo de adviento.» Mas cuando los atribulados habitantes tuvieron noticia de la aproximación de los prusianos, respiraron, creyendo ver en la persona del poderoso rey de Prusia el nuncio de la protección divina que tanto habían invocado en sus días de amargura. Federico II antes de penetrar en Silesia hizo publicar un manifiesto en el cual prometía respetar todos los derechos legales, proteger la propiedad y dar la libertad de cultos.

Los prusianos no encontraron pues ninguna resistencia; pagaban todo lo que compraban; y los representantes de los distritos y poblaciones, sin hacer caso de las órdenes contrarias de la administración central austriaca establecida en Breslau, acudieron de todas partes para tratar con el rey del alojamiento y manutención de sus tropas que a la verdad observaron una conducta ejemplar tanto en las marchas como en los alojamientos. El 18 de diciembre cambió el tiempo, deshaciéndose en lluvias torrenciales que acabaron por hacer intransitables los ya malísimos caminos. En la primera de las cartas que el mismo rey redactaba para que se publicasen en los periódicos de Berlín bajo el título de «Cartas de un oficial prusiano», se lee que en 20 de diciembre «todos los caminos estaban inundados y llenos de baches, y el agua

se había llevado muchos puentes.» La tropa tenía que atravesar continuamente sitios pantanosos bajo una copiosa lluvia; todo en fin se había reunido aquel día para dificultar la marcha, que por esta razón duró de 9 a 10 horas. «En este tiempo, dice la carta, nuestra gloriosa infantería anduvo unas tres ó cuatro leguas largas con el agua y el barro hasta las rodillas por no decir hasta la cintura, sin que ni un solo individuo se saliera de las filas ni mostrara mal humor; muy al contrario todos se animaban unos a otros y se excitaban a marchar adelante.» El día 22 estaba el ejército en Herrendorff cerca de Glogau, el baluarte de la Silesia septentrional. Su comandante, el conde Wallis, hizo saber al rey que defendería la plaza; pero Federico se contentó con dejarla bloqueada y en 28 de diciembre pasó con el grueso de su ejército hacia la capital Breslau, dejando encargado del bloqueo de Glogau el príncipe heredero de Dessau.

En Breslau, cabalmente en los días en que Federico penetró en Silesia, habían ocurrido sucesos que favorecieron admirablemente sus planes. Esta ciudad al pasar al dominio del Austria salvó un fuero que poseía desde la época remota en que figuraba como ciudad libre entre las potencias independientes de la Europa oriental. Este fuero se llamaba el *jus prasidii*, derecho de guarnición, y consistía en el privilegio de no admitir en su recinto ninguna clase de tropas, ni aun las del propio soberano, y de defenderse en caso necesario con sus fuerzas municipales. En virtud de este fuero que la ciudad había sabido conservar hasta entonces incólume, no había tomado parte en ninguna de las guerras que había tenido la casa de Austria, quedando en todas las contiendas perfectamente neutral. Además, la ciudad, cuando las circunstancias lo habían exigido y permitido, había cuidado de hacer reconocer expresamente esta neutralidad hasta en tratados solemnes con las potencias beligerantes. Esto hizo en 1632 con la Suecia y la Sajonia, y una neutralidad semejante estipuló a la sazón con el rey de Prusia Federico II, la cual a consecuencia de los sucesos de que hablamos arriba, fué circunstancia decisiva en favor de la empresa del rey.

Bajo la protección del *jus prasidii* ó fuero de guarnición se había desarrollado en Breslau una serie de relaciones é intereses propios, a los cuales no era posible que la ciudad renunciase a no ser obedeciendo a una fuerza mayor; mientras que por otro lado la debilidad vergonzosa del gobierno central se hacía más patente que nunca en la impotencia de impedir el uso de aquel fuero en los momentos de gran peligro para la patria. Desde el año 1524 toda la población de Breslau había sido protestante, hasta que en 1630 el gobierno de Viena estableció allí un gobierno dependiente del reino de Bohemia. Protegidos por este gobierno llegaron los jesuitas y un prelado católico con un clero numeroso, el cual desde luego empezó su propaganda activa, que no cesó hasta la llegada de las tropas de Federico II. Entonces se pusieron en libertad los llamados apóstatas que estaban presos. A estos atropellos se había visto el clero católico obligado a limitarse, ya que el fuero del *jus prasidii* no permitía la introducción de tropas en la ciudad ni de consiguiente las dragonadas y conversiones a palos, sablazos y hogueras. Por eso la ciudad había sido siempre hasta cierto punto, aun en los peores tiempos, un asilo para protestantes arrojados de sus pueblos; y cuando se presentaba un libertador contra el cual el Austria quería defender su provincia, no era de extrañar que el gobierno austriaco recogiese lo que había sembrado, así como el fruto de su impotencia. La ciudad se valió del fuero y rechazó sus tropas como si fuesen de una potencia enemiga ó extranjera.

En 10 de diciembre recibió el gobierno de Silesia instado en Breslau la orden de Viena de preparar la defensa de

la ciudad con tropas regulares sin las cuales no podía ser eficaz. A consecuencia de esta orden se dirigieron el gobernador civil de la provincia conde Schafgotsch y el gobernador militar general Brown al ayuntamiento para hacerle consentir en la entrada de tropas imperiales en la ciudad como lo exigía la necesidad urgente de la defensa, prometiendo que este caso excepcional en nada perjudicaría al fuero de guarnición. El consejo municipal se mostró dispuesto a llevar su fidelidad hacia su soberano hasta suspender su fuero; pero la comisión de los representantes de los barrios que venía a ser como una pequeña cámara de diputados en la administración local, exigió que se oyera primero a los síndicos de los gremios, y con esto se divulgó por la población todo el negocio que hasta entonces se había llevado muy secreto. Al fin cedieron también en 13 de diciembre los representantes de los gremios y dieron su consentimiento para la entrada de tropas imperiales, menos uno llamado Ehrlich (apellido que significa el *honrado*). Este se sostuvo firme y declaró que no podía ni quería dejar arrebatar a su ciudad el último escudo que le podía defender y amparar sus libertades. Tampoco quiso obligarse a callar y tener el asunto secreto, porque decía que su gremio tenía derecho a saber lo que pasaba en asunto tan trascendental.

De este modo cundió la noticia por la clase media industrial que en su gran mayoría era protestante y estaba siendo por lo mismo víctima de toda clase de tropelías, sistemáticamente tiranizada y postergada por el gobierno imperial en todas ocasiones. Una vez inflamadas las masas, se reunieron, se echaron a la calle y llenaron la plaza donde estaba el ayuntamiento. La ciudad parecía una mar arborotada; la indignación era general; en las salas gremiales y en las cervicerías y demás locales de reunión se pronunciaron discursos y maldiciones contra el consejo municipal y el gobierno civil por haber consentido en la admisión de tropas en la ciudad, hasta que de entre la multitud en fermentación tumultuosa salió un orador popular que electrizó y dominó a las masas durante los días que hubo excitación. Este hombre que se llamaba Doeblin, era prusiano de nacimiento, hijo de Crossen, zapatero de oficio y de religión católica, pobre, lleno de deudas por falta de trabajo y de ganas de trabajar, pero dotado de todas las cualidades necesarias para ser un verdadero demagogo, a excepción de aquellas que conducen a aprovecharse de la influencia sobre las masas en beneficio propio. Este Doeblin fué el que dirigió la palabra al consejo municipal cuando el pueblo amotinado penetró en la casa consistorial en 14 de diciembre, diciendo que la población no quería tropas aunque fuesen austriacas, que se bastaba a sí misma para defenderse, que todos los ciudadanos estaban prontos a empuñar las armas, y que además de la milicia cívica usual de la ciudad, había en ella unos mil oficiales de diferentes oficios que como siempre habían ido allí en busca de trabajo y que formarían un cuerpo que costaría poco instruir en los ejercicios militares. Citó luego las ciudades de Dantzic y Thorn, diciendo que ni una ni otra se habrían visto sitiadas ni arruinadas si la primera no hubiese abierto las puertas al rey Estanislao de Polonia y la segunda a las tropas de Sajonia en la guerra entre Suecia, Polonia y Sajonia. A este discurso contestó haciendo objeciones el síndico del ayuntamiento y tras él tomó la palabra el anciano comandante de la milicia urbana que declaró que estaba pronto a sacrificar su vida por la ciudad. Apenas hubo dicho esto, cuando Doeblin gritó: «Este es nuestro padre, sigámosle y sacrifiquemos como él nuestras vidas y haciendas por la ciudad.» A estas palabras siguió una explosión general de entusiasmo que intimidó al consejo municipal y le hizo revocar su acuerdo. El fuero de guarnición se había

salvado. El gobernador militar Brown de buena gana habría exterminado a aquel zapatero miserable, conforme dijo él mismo; pero por desgracia era un general, sin tropas. El gobernador civil le invitó a tener prudencia, pues que todos ellos corrían riesgo de ser despedazados por el pueblo alborotado y furioso, y le conjuró a que abandonara la ciudad, en la cual tampoco podía ya prestar ningún servicio a su soberana. Así lo hizo y salió el 18 del mismo mes en compañía del general Roth que había sido nombrado gobernador militar de Breslau. Doeblin y la revolución quedaron dueños de la ciudad; se contentaron con hacer preparativos militares, ejercicios, marchas, contramarchas y relevos; recompusieron las murallas y parapetos, les armaron de artillería y reunieron grandes provisiones de boca y guerra. Todo esto tenía un aspecto muy serio, pero cuando el gobierno imperial les dijo que si querían resistir un sitio era indispensable arrasar los arrabales sin pérdida de momento, decayó el entusiasmo belicoso. Consultóse el asunto y se convino en que era imposible ejecutar la demolición, porque los arrabales producían a las arcas municipales 40,000 talers anuales, y por otra parte sería inhumano reducir a millares de inocentes a la mendicidad, cuanto más que tampoco así podía resistir la ciudad un sitio sin contar con un ejército que la socorriera, cosa imposible porque la reina no disponía de tal ejército. Pocos días después ocuparon los prusianos los arrabales, es decir, en 1.º de enero de 1741 y por la mañana del mismo día comunicó el rey al consejo municipal que enviaría a los comandantes Borcke y Posadowsky a tratar con la ciudad. En efecto se presentaron los enviados designados, los cuales introducidos y acompañados hasta el consejo municipal con los honores militares debidos, le participaron que el rey no tenía intención de ocupar la ciudad, ni pedía que esta le reconociera por soberano hasta que el tiempo lo hiciera necesario; solo quería saber si en un caso urgente podría contar allí con un asilo para sí y su ejército. Estas proposiciones fueron aceptadas con general aplauso y formaron la base de un tratado de neutralidad que fué firmado el 3, en cuyo día entró el rey en la ciudad con un séquito brillante. Las calles estaban cuajadas de gente, formando cordón de honor los ciudadanos armados; todos querían ver al joven monarca que a caballo en medio de una espesa nevada se dirigió con la cabeza descubierta a la casa del ayuntamiento. Aquel día se conquistó los corazones de todos los habitantes, y pudo escribir a su ministro Podewils: «Breslau ya es mía.» El mismo día dió al gobernador civil austriaco la orden de abandonar la ciudad bajo pena de la vida dentro de 24 horas, y el gobernador civil conde Schafgotsch dió al salir del edificio donde estaban las oficinas del gobierno: «En esta casa no volveré a entrar.» Tres días permaneció el rey en la ciudad, y en seguida se dirigió sobre Ohlau y Namslau. La primera ciudad se rindió al general Kleist, y la segunda fué tomada por el general Jeetze, sosteniéndose el castillo hasta fin del mes, en que capituló también. La fortaleza de Brieg fué bloqueada como Glogau y desde allí siguió el rey adelante.

El primer choque con el enemigo en esta campaña le tuvo el general Schwerin que el 9 marchando sobre Ottmachau se encontró con dragones de Liechtenstein a los cuales atacó con los suyos tan impetuosamente, que huyeron mas que de prisa. La primera resistencia seria fué la que hizo el enérgico general Roth en la fortaleza de Neisse, cuyos arrabales había arrasado para defender la plaza con eficacia. Recibió a tiros al parlamentario del rey, el cual mandó abrir un violento fuego sobre la plaza; pero no hizo mella en su impertérrito comandante, y así se contentó el rey con dejarla bloqueada como Glogau y Brieg. El feldmariscal Schwerin entre tanto